

—Esa confianza es un seguro presagio de buen éxito.

—Y el presagio se realizará.

—Así lo espero.

—Adios, señor Duval.

—Adios, señor doctor.

Willey estrechó la mano de su socio y salió de la pieza.

Duval arregló algunos papeles, pensó un momento en el plan que debía seguir para ser dueño de la mano de Clotilde, y se puso á esperar con muestras de marcada impaciencia la llegada de Doña Anita con el cuaderno prometido.

CAPITULO VIII.

Una escena en el agua.

El cielo estaba cubierto de negras y gruesas nubes que enviaban á torrentes la lluvia; el ruido de los canalones por donde salía á grandes chorros el agua y el de los continuos truenos, se unia al que formaban los infinitos coches que en esos momentos de espantoso aguacero cruzan en todas direcciones la capital, que se convierte en una inmensa laguna.

—¡Qué aguacero tan espantoso....!—Dijo un jóven que estaba concluyendo un retrato, á otro que seguia pintando un magnifico cuadro del apostolado:—Hoy es dia de

que se aneguen las calles hasta penetrar el agua al zaguan.

—Y eso que aun no es el tiempo de lluvias.

—Pero es una tempestad que convertirá en un lago la ciudad.

—La oscuridad del cielo así lo indica al menos.

—Voy á descansar un momento mientras pasa el chubasco, porque me falta luz:—dijo el primero dejando sus pinceles y acercándose al que continuaba pintando:—Va perfectamente: ese toque ha sido feliz. ¿Ve vd., querido Nuñez, cómo no me engañaba cuando le decia que su pincel debia ser excelente?

—¿Le gusta á vd., amigo Leopoldo, la marcha que lleva el cuadro?

—En extremo. Los contornos están perfectamente: el pasaje muy bien comprendido, las figuras maestramente colocadas, y el colorido es inmejorable.

—Me alegro que sea de la aprobacion de usted.

—En un todo.

—¡Y yo que en mi abatimiento, en mi desgracia, cuando perdí las dulces ilusiones de mi amor, me entregué al vicio de la embriaguez, creyendo ahogar en él las penas del alma, cuán lejos estaba de conocer que el verdadero remedio á nuestros males, la eficaz medicina de las dolencias del corazón, es el trabajo!... Es cierto que ahora se han despertado en mí sentimientos tiernos, recuerdos íntimos que me hacen verter lágrimas; pero en estos sentimientos encuentro una grata melancolía que me hace feliz. Entonces, para no sufrir, renuncié á la razon; pero si es cierto que el espíritu dormia, la materia, en cambio, padecía todos los tormentos y todas las miserias que aquejan al cuerpo como consecuencia del abandono de su descuido al trabajo.

—¿Quiere decir que es vd. ahora menos desgraciado?

—No; ahora soy casi dichoso; porque ahora, si cierto es que perdí los dulces placeres del amor correspondido, disfruto de las dulzuras de la amistad franca, leal y desinteresada con que vd. me honra.

—El honrado y el favorecido con ella he sido yo; yo que le debo á vd. la honra de mi calumniado padre, la vida que hubiera acaso perdido á manos de mi rival, y la posesion de ese cuaderno que habian arrebatado traidoramente á la hermosa Inés.

—Todo eso está pagado con usura por haberme hecho entrar de nuevo en la senda del honor. Vd. me ha dado ejemplo de resignacion y de amor al trabajo, que nunca olvidaré.

—Pero no le he podido dar á vd. el remedio á su pena amorosa.

—Las heridas del corazon son incurables: duermen muchas veces, pero no acaban.

—Tiene vd. razon.

—Cuando se ha amado como yo amé á la hermosa jóven en quien veia el conjunto de todas las perfecciones; cuando nuestro corazon se ha alimentado con los juramentos de amor del objeto amado, y cuando cerca de las puertas de la suprema felicidad, cuando vamos á tocar la gloria apetecida, la realizacion del bello ideal que nos ha halagado, el encanto desaparece y el al-

ma bebe las heces del amargo desengaño, el corazon se abate, se anonada; pero queda grabada en él para siempre la imagen del sér que hemos idolatrado.

—Veo que le hacen á vd. mal esos recuerdos.

—No, don Leopoldo; todo lo contrario; me hacen mucho bien. Yo la amé con todas las veras de un corazon leal y tierno: lloré su desaparicion como llora el desterrado la ausencia de su patria; la lloro aún y la lloraré constantemente; pero ese amor y ese llanto son dulces, como los recuerdos de los goces pasados.

Y Nuñez quedó con la mano descansando sobre la tiente, con los ojos fijos en el lienzo que pintaba, y tiernamente conmovido.

Leopoldo que amaba, comprendió como nadie lo que sufría, y guardó silencio para no profanar sus dulces sentimientos.

Sabia que hay gratos dolores, penas balsámicas de que seria un tormento separarnos.

Entre tanto la lluvia habia cesado, pre-

—Seguramente se han entretenido charlando por ahí, y han tenido que esperar á que pasase el agua.

—Es muy regular. Pero ¿cómo entrarán ahora en casa....? ¿Se resolverán á que las traigan cargadas?

—Véamos.

—¿A dónde las pasamos á vdes., señoritas?—Les decian varios cargadores cercándolas y agarrándolas:—Yo no me caigo con la carga.

—Echénnoslas en las espaldas, valedores—decian otros.—Iremos pregonando la bula.

—¡Insolentes....!—exclamó exaltada la mercachifle:—No saben vdes. distinguir las personas. ¿No ven vdes. que somos unas señoras?

—Por lo *mesmo* queremos que no se mojen los ahuecadores.

—Oiga vd.; yo no uso nada postizo, ¿está vd? todo lo que llevo es mio.

Y se aplastaba el vestido con las manos para hacer ver que no llevaba miriñaque debajo.

—Vd. dispense, señorita;—respondió el

cargador con sorna—equivocé los huesos con los aros: como los tiene su merced tan salientes y *preunciados*....

—Ya quisiera vd. tener mis carnes.

—Déjalas, compadre:—añadió un tereero:—que ya son *vigilias* (1).

—Oiga vd., mal criado;—exclamó Doña Anita no pudiendo tolerar que la llamasen vieja, que era el mayor insulto que la podian hacer:—nada le deben mis años, sean pocos ó sean muchos: ¿está vd....? y pena de la vida el que no llegue á viejo.

—No les haga vd. caso, Doña Anita:—decia Doña Cruz:—¿Quién se pone á disputar con esa gente?

—Tiene vd. razon, mi alma; Pero lo peor es que me precisa llegar á casa.

—¿*Quere* su merced que yo la pase, señorita?

Dijo uno separándose de los demas cargadores con quienes habia fraguado una burla, y quitándose el sombrero con hipócrita respeto.

(1) Viejas,

A Doña Anita le lisonjeó aquella sumision, y le dijo al oído á su vecina.

—Este siquiera sabe tratar á las señoras.

—Es verdad.

Le contestó Doña Cruz.

—Pero ¿no me caeré!

Preguntó la mercachifle con afable sonrisa.

—No señorita, no tenga su merced cuidado; sé demasiado la preciosa carga que llevo para que la cuide como merece su alto nacimiento.

Los cargadores, que estaban de acuerdo con su compañero, se quitaron los sombreros con fingido respeto como asombrados de lo que oían.

Doña Anita se sonrió con satisfaccion y vanidad, y les envió una mirada de perdon y de superioridad.

Los cargadores inclinaron la cabeza.

—Vamos, señorita: la llevaré á vd. al instante.

—Pero....

—Cuando le digo á su merced, señorita, que no tenga su merced cuidado....

—Bueno; confio en vd.

—Hace su merced muy bien, señorita. ¿Y á dónde la llevo á su merced?

—Ahí enfrente; al número 3.

—Está muy bien.

Y el cargador guiñó el ojo á sus compañeros mientras se agachaba para que montase Doña Anita sobre sus espaldas.

Igual cosa hacia Doña Cruz, colocándose encima de otro cargador.

—Cuide vd. de que no se me suba el vestido.

—No se verá nada, señorita.

—Espere vd., espere vd., que se me ven los piés.

Dijo Doña Anita volviéndose á bajar para arreglarse el vestido.

—¡Ay....! Doña Anita;—dijo Cruz:—¿No ve vd? Leopoldo nos está viendo del balcon.

—¡Ay....! ¡qué rubor....! pero ¿qué remedio, mi alma? ¿Nos hemos de estar aquí hasta la noche, cuando á mí me interesa llegar? Marchemos juntitas para taparnos mutuamente.

Y ambas se colocaron sobre la espalda de su correspondiente acémila racional, encargándoles que fuesen unidos.

En cuanto los que habian estado esperando aquella escena, las vieron sobre las espaldas de sus compañeros y en medio del agua, empezaron á silbarles y á dirigirles pullas.

—¡Ay....! ¡no se caiga vd., por Dios....!

Exclamó la mercachifle viendo que se bamboleaba su cabalgadura bípeda.

—¡Virgen Santísima....!

Gritó Doña Cruz notando que las piernas de la suya flaqueaban.

—Está muy resbaladizo el suelo.

Dijo el que llevaba á Doña Anita, fingiendo resbalar.

—¡Que me caigo....! ¡que me caigo....!

Exclamó Cruz afianzándose fuertemente con una mano del pescuezo de su cargador, y con la otra del vestido de su amiga.

—¡No me estire vd., vecina....!

Dijo asustada Doña Anita viendo que la otra le agarraba.

Los silbidos y la risa de los curiosos iban en aumento.

—¡Que se le ven los piés....! ¡que se le ven los piés....!

Gritaban unos.

—¡Que se le sube el vestido....!

Decían otros.

—¡Ahora.... ahora....!

Exclamaron todos á la vez.

A aquella voz, el cargador que llevaba á Doña Cruz, hizo como que tropezaba, bamboleándose con la carga: asustada la que iba encima, dió un agudo chillido, y se volvió á agarrar de Doña Anita para no caer; pero al esfuerzo que hizo, fingió perder el equilibrio el que conducía á la última, y todos cayeron al agua en medio de la risa universal.

Doña Anita, temiendo ahogarse, gritaba que le sacasen; y su amiga renegaba de la hora en que le detuvo para contarle vidas ajenas.

Después de haber tragado una cantidad regular de agua, ambas consiguieron poner-

se en pié y salir empapadas, dejando los zapatos en el agua.

La rechifla entonces fué mayor, y no cesaron los silbidos hasta que consiguieron entrar en sus respectivas viviendas, corridas y avergonzadas.

Leopoldo sacó el reloj, y dijo á su amigo.

—Son la cinco. ¿Quiere vd. que vayamos al colegio de las *Vizcainas*, como quedamos?

—Sí; marchemos.

—Ahí pasa un coche vacío casualmente.

Advirtió Leopoldo llamando al cochero, y diciéndole que se acercase á la puerta.

El cochero paró el carruaje y esperó á que bajasen.

Leopoldo se puso la levita, echó una mirada sobre su cuadro, se acercó á la mesa, cojió un manuscrito que estaba encima de ella, y se puso á leerlo mientras su amigo Nuñez se mudaba tambien la levita para salir.

—¿Cuándo piensa vd. poner en manos de Inés ese cuaderno, amigo Leopoldo?

Le preguntó Nuñez.

—Dentro de pocos dias; y si no lo he he-

cho hasta ahora, ha sido por temor de confiarle á otro la comision de entregarlo.

—¿Es decir que piensa vd. dárselo vd. mismo?

—Así lo he resuelto.

—Pero ¿de qué medios se podrá vd. valer para conseguirlo, cuando le ha sido á vd. prohibida la entrada en la casa, y Duval espía los paso de vd?

—Aprovechando los instantes de una cita que debo tener con Clotilde muy pronto, á una hora en que nadie nos puede sorprender.

—¡Cuidado con las citas!

—Tomaré mis precauciones.

—Y cuidado tambien con el cuaderno. Es preciso que no lo deje vd. encimá de la mesa, no sea que nos lo arrebatan tambien á nosotros.

—No es fácil.

—Sin embargo, todo es de temer de esos hombres que tanto empeño manifestaron en apoderarse de él, asaltando la casa de D. Emilio Landeta.

—Eso es cierto.

—¡Oh. . . ! si no hubiera sido porque en recoger el cuaderno me detuve un instante, yo me hubiera apoderado de ese malvado de la barba larga que, al disparar la pistola echó á correr.

—Esto hubiera sido para mí el principio de mi felicidad.

—Por eso es preciso guardar su obra.

Dijo Nuñez acabándose de vestir.

—Voy á hacerlo así.

Leopoldo abrió el cajon de la mesa, pero viéndolo lleno de varios objetos, volvió á dejar el cuaderno sobre ella, mientras los arreglaba.

En aquel momento se abrió con ímpetu la puerta del estudio, penetrando por ella, desolada y sin aliento, la vecina Doña Anita.

—Señores, por el amor de Dios—entró exclamando con la mayor afliccion—salgan vdes. al balcon y griten que aprehendan á esos infames cargadores.

—Pero ¿qué pasa, señora?

Le preguntó Leopoldo acercándose á

ella, y dejando abierto el cajon de la mesa, y encima de ésta el cuaderno.

—¡Que me han robado!....

Dijo afligida, corriendo al mismo tiempo hácia al balcon, y mirando á la calle para ver si descubria al cargador que le habia dejado caer.

—¡La han robado á vd!.... ¿y quién?

—El cargador que me arrojó en el agua.

—¡Cómo!

—Mientras, llena de miedo, temiendo caer, me agarraba de mi vecina Crucecita, él sin duda me sacó del bolsillo todo el dinero y las alhajas que traía!... ¡Ah!... ¡Estoy arruinada!... ¡Estoy arruinada, si no logro que se agarre á ese hombre!....

Y la infeliz Doña Anita lloraba amargamente, dirijiendo la vista hácia todas partes para ver si descubria al cargador.

Nuñez y Leopoldo, conmovidos pasearon tambien la vista por la anegáda calle; pero no llegaron á descubrir al hombre que la arrojó en el agua, y á quien sin duda hubieran conocido por el traje, pues habian fi-

jado la atencion en él cuando tuvo lugar la escena de la caida.

—¿Le ven vdes?

—No, Doña Anita:—Dijo Leopoldo.—Sin duda se ha marchado temiendo que lo aprehendan.

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio!... exclamó afligida la infeliz.—¡Y no poder salir en su busca por estar las calles anegadas!...

Y Doña Anita, perdida toda esperanza, y olvidándose, en su dolor, hasta del encargo que le habia hecho Duval, se dejó caer sobre una silla lamentando su desgracia.

Leopoldo y Nuñez trataron de consolarla; pero teniendo precision de salir, y haciendo ya gran rato que les esperaba el coche, se despidieron de ella.

—Adios, Doña Anita:—le dijo el primero:—ya daremos los pasos necesarios para encontrar á ese cargador; pero si no lo conseguimos, sabe vd. que le ayudaremos á vd. mi madre y yo con cuanto sea necesario.

—Mil gracias, D. Leopoldo.

—Adios, pues; tenemos que salir, y le de-

jamos á vd. en su casa: no tardará mi madre en venir á esta pieza.

Y Leopoldo y Nuñez salieron compadeciéndose de la desgraciada Doña Anita: bajaron la escalera, entraron en el coche, y poco despues se dirijian al colegio de las Vizcainas.

Doña Anita, no pudiendo resignarse á perder todo lo que constituía su fortuna, salió veinte veces al balcon, entrando otras tantas desconsolada al no ver al cargador, y dejándose caer en una silla.

De repente vino á fijarse una idea en su imaginacion.

El cuaderno que le habia encargado Duval.

¿Estaria allí?

¿Le seria fácil apoderarse de él?

¿No podria alcanzar, presentándolo, mas dinero que el que acababa de perder?

Duval era hombre rico: le habia comprado sus alhajas al precio que le habia pedido: ¿podia dudar, pues, que dejaria de recompensarle liberalmente el servicio de entre-

garle el manuscrito por el que tanto interes habia manifestado?

Doña Anita sintió que la alegría volvía á su corazon con aquel pensamiento.

—Sí: Duval me dará cuanto oro quiera por ese cuaderno: le diré la desgracia que he sufrido por servirle, y todo me lo pagará.

Alentada con esta idea, se levantó de la silla que ocupaba, dirigió la vista hácia la mesa, y al tropezar sus ojos con un objeto que en ella habia, se pintó en su rostro la alegría mas intensa.

—¡Allí está el cuaderno.....!

Exclamó alborozada.

Luego, temiendo ser sorprendida, miró hácia todas partes para ver si álguien la observaba.

Convencida á poco de que estaba sola, se dirigió sobre las puntas de los piés, y conteniendo la respiracion, hácia la mesa.

Al llegar á ella se detuvo un instante, y volvió á mirar hácia todas partes temiendo que álguien entrase.

Asegurada de que nadie le veía, se apoderó del cuaderno, y se dispuso á guardarlo.

En aquel momento la puerta vidriera que daba al estudio se abrió.

Doña Anita se puso pálida.

La puerta volvió á cerrarse tras de una persona que entraba.

Esta persona era la madre de Leopoldo.

¿Qué hizo Doña Anita al verla?

¿Guardó el cuaderno?

Los acontecimientos nos vendrán á revelar mas adelante lo que pasó en aquel momento.